

JULIO MONTEVERDE

Materialismo poético

Aproximación a una práctica

ÍNDICE

Algunas aclaraciones necesarias (a modo de introducción), 9

CUATRO FUNDAMENTOS EN RELACIÓN A UNA PRÁCTICA, 13

- I. En relación a lo que sucede, 15
- II. En relación a los vínculos, 25
- III. En relación al lenguaje, 33
- IV. En relación al uso de la poesía, 45

SOBRE EL MATERIALISMO POÉTICO

PROLEGÓMENOS A UNA DEFINICIÓN TEMPORAL, 61

- o. Por el principio, 61
- I. Contra los sacerdotes, 62
2. La poesía es un fenómeno físico, 64
3. Las estructuras poéticas de la realidad, 66
4. Mito, utopía y realidad, 68
5. Las relaciones han sido saturadas, 71
6. La práctica de la poesía tiene como consecuencia directa la puesta en cuestión del sujeto capitalista, 73

7. El interior técnico, 77
8. La poesía y su relación con lo exterior, 79
9. Pero el deseo no es una ideología, 80
10. Persistencia en el lenguaje, 83
11. Pero, finalmente, ¿qué vida?, 84
12. Todo a la vez, 86

¿QUÉ ES EL MATERIALISMO POÉTICO?, 87

- A. ¿Qué es el materialismo poético?, 87
- B. ¿Por qué es materialista?, 87
- C. ¿Por qué es poético?, 89
- D. Superación praxis/*poiesis*, 90
- E. El materialismo poético como experiencia soberana, 91
- F. Dialéctica del materialismo poético, 92
- G. El materialismo poético no es un sistema filosófico, 93
- H. El materialismo poético no es un arte de la vida, 95
- I. El materialismo poético es una política, 96
- J. ¿Cuál es el papel del materialismo poético en la lucha contra la dominación?, 97
- K. El materialismo poético y la utopía, 99
- L. ¿Cuál es la relación entre poesía por todos los medios y materialismo poético?, 100
- M. ¿Cuál es la relación del materialismo poético con el surrealismo?, 101
- N. *Sinfin*, 102

Para cambiar la sociedad, hay que empezar por liberar dentro de nosotros todas aquellas formas libertarias que quisiéramos ver triunfar en una sociedad futura.

ALBERT MEISTER

Poesía: propiedad de la materia.

MAURICE BLANCHARD

ALGUNAS ACLARACIONES NECESARIAS

(A modo de introducción)

La expresión «materialismo poético» no es nueva. Si bien ya fue utilizada con anterioridad al menos por Elizabeth Lenk en su libro sobre Breton,¹ y por el Grupo surrealista de Chicago en los años sesenta del pasado siglo, en lo que respecta al desarrollo que se le pretende dar en este libro habría estado presente en diferentes textos del Grupo surrealista de Madrid al menos desde el año 2001, cuando apareció en el texto colectivo «El falso espejo», publicado en el número 11-12 de la revista Salamandra. Esta primera aparición supuso el inicio de una serie de investigaciones que ya en el año 2014 tendrían un último punto de inflexión en el dossier publicado en el número 21-22 de dicha revista.

Durante esos casi quince años, la idea del materialismo poético se fue desplegando, adquiriendo una nueva profundidad y clarificándose a través de las diversas acciones poéticas que se pusieron en práctica dentro del Grupo surrealista de Madrid, así como mediante el proceso de reflexión crítica que esas mismas acciones fueron desencadenando. Por tanto, se trata de una idea concretada después de múltiples tentativas y reflexiones, y que de forma simultánea marcó una de las líneas de fuerza más reconocibles de la actividad del Grupo surrealista durante este tiempo, y que continúa hasta hoy.

¹ Elisabeth Lenk: *Der springende Narziss. André Bretons poetischer Materialismus*, Roger & Bernhard, Múnich, 1971.

Así pues, los textos que aparecen en el presente volumen, aunque son estrictamente individuales, nacen en su mayoría de ese mismo espacio común que fue el mío durante más de una década y al cual intenté aportar lo que estaba a mi alcance con entusiasmo y buena fe. Sin duda, a él se le debe atribuir todo lo bueno que pudiera encontrarse en estas páginas. Sin embargo, no sería por completo honesto si no añadiera que en esta misma idea, una vez clarificada, me fue posible comenzar a vislumbrar un principio de superación práctica de las propias contradicciones que en su día me llevaron a apartarme de la actividad surrealista colectiva, y que una buena parte de los argumentos vertidos en este libro son producto de esa misma toma de conciencia. En cualquier caso, no es mi intención enfrentar aquí al materialismo poético con el surrealismo. Eso sería una completa majadería por mi parte, por completo irrelevante para los tiempos que corren además. Tan solo me gustaría llamar la atención sobre las potencialidades del materialismo poético como idea libre. De este modo, la caracterización del materialismo poético que se hace en el presente trabajo solo pretende formular la posibilidad de una última cristalización de la propia tradición en la que se inserta el surrealismo, la cual ha ido cambiando y revitalizándose a lo largo de la historia precisamente gracias a su capacidad para adaptarse y responder a las transformaciones sociales que se han producido a su alrededor. Pero para que esta cristalización pueda recorrer el camino que le sería propio, debe ser reconocida en su especificidad, y ser puesta a disposición de quien la necesite de la forma más abierta posible. Una idea de tal potencia, creemos, merece su propio espacio.

En cualquier caso, el lector que se acerque a este libro con la esperanza de encontrar una nueva teoría global que venga a explicar el mundo o a ofrecer una serie de recetas fáciles para adaptarse a sus presupuestos haría bien en abandonar su lectura ahora mismo. No hallará aquí esa nueva religión o ideología que estaría buscando. El hecho de que la totalidad exista no implica que sea reducible al entendimiento, y reducir esa totalidad a un sistema manejable no es el objetivo de este trabajo. En este sentido, el materialismo poético no viene a explicar

la totalidad, sino a experimentar la unidad, a hacer de ella su casa vinculándose a todos los ámbitos de la experiencia humana en los que pueda aportar un principio de liberación concreto. Es por ello que su valor último dependerá de la multiplicación de los ámbitos en los que sus potencialidades se materialicen.

Por último, el materialismo poético no se propone en estas páginas como una teoría concluida que solo haría falta llevar a la práctica. De hecho, como se verá, es precisamente lo contrario. Puesto que no es otra cosa que una práctica, solo sus diferentes manifestaciones podrán caracterizarla en un sentido u otro, y solo estas concreciones podrán rectificarla en los sentidos necesarios. Este libro, por tanto, no aspira más que a ser un punto de paso eventual, y, en el actual estado de la cuestión, no pretende ofrecer una formulación definitiva sino una enunciación válida.

Varios de los textos que componen este libro fueron redactados y publicados como artículos independientes en diversos medios, principalmente relacionados con el Grupo surrealista de Madrid. Igualmente, he recuperado diversas formulaciones que aparecían en otros textos y que he considerado necesario retomar. Por último, se han sumado textos inéditos o escritos especialmente para este trabajo, y creo que en todos ellos se puede reconocer con claridad un recorrido que va haciéndose cada vez más claro conforme es transitado. Pero allí donde estos mismos textos terminan empieza otra historia que ya mismo se está poniendo en práctica por otros hombres y mujeres. A todos ellos van dedicadas cada una de estas páginas.

Madrid, mayo 2021

CUATRO FUNDAMENTOS
EN RELACIÓN A UNA PRÁCTICA

I. EN RELACIÓN A LO QUE SUCEDE

POR DESGRACIA SON EXTRAÑOS los momentos en los que la luz estalla, en los que la potencia de lo que sucede abre el pensamiento como un cuchillo congelado. Instantes en los que el cuerpo cobra rigidez a consecuencia del latigazo de todo aquello que participa de la verdad. Sí, son extraños, pero es sin duda a partir de estos momentos, por muy escasos que sean, que se funda el sentido de *lo que pasa*, y es gracias a ellos que el conocimiento sufre sus pequeñas (y en ocasiones sus grandes) revoluciones.

Si lo que existe es informe, si sobre los fenómenos el pensamiento arroja el lazo de la lógica, como quien empaqueta sus regalos, la complejidad misma del sistema, sus infinitas entradas y salidas, impiden a ciencia cierta el abarcamiento de la totalidad. Por aquí y por allá aparecen todas esas presencias inquietantes que se salen del cuadro, hostigándolo. El sueño de la estabilidad común se ve continuamente importunado, zarandeado, por el rayo del cambio y lo inesperado, destello violento que lo compromete y lo amenaza. Estos dos estados, el de estabilidad y el de convulsión, deben ser entendidos en su dinámica como contrarios que se niegan el uno al otro, pero a los que resulta necesario interrogar si queremos entender algo de lo que la vida en toda su amplitud puede suponer, si queremos adentrarnos en la experiencia de la existencia cercana, desnuda, de esos estados que hacen

posible, aún y todavía, mantener fundadas esperanzas en el ser humano y su futuro.

Para intentar arrojar algo de luz sobre lo expuesto arriba, me acercaré a Lacan en sus grandes líneas cuando estableció la diferencia conflictiva entre la realidad y lo real, diferencia aplicable tanto al conocimiento como a sus consecuencias. Para Lacan, aquello que llamamos «realidad» no es sino *la narración construida*, el sistema de relatos, convenciones y actitudes que sirven para crear un camino a través de una existencia en apariencia absurda y sin sentido. En su funcionamiento, esta realidad define apriorísticamente los fenómenos clasificándolos y relacionándolos con arreglo a unas categorías y sistemas precedentes, solidificados en su ideología, gracias a los cuales se cree en disposición de explicar el mundo. A la luz de esta operación, la realidad puede ser entendida como una construcción, asimilable a las zonas comunes de una casa, en la que lo social tendría siempre las de ganar en detrimento de lo distinto.

De esta forma, la realidad, en su proceso de estancamiento, tiende a su propia consolidación. En su desarrollo, está siempre buscando y encontrando pruebas para confirmarse, para reafirmarse en una inmovilidad que le es necesaria para ganar la partida al fantasma del cambio. Su propio mecanismo es totalizante. Todo que no encuentra en ella un lugar cómodo no es asimilado más que por medio de ciertos prefijos (sub-, para-...) que lo niegan de forma directa. Esta negación se ve facilitada, como ya hemos apuntado, por la creación *ex profeso* de una ideología entendida como sistema de pensamiento *determinado*, propio de los individuos, y materializado en una especie de esquema del mundo, un conjunto articulado de explicaciones que funcionan siempre y en cualquier situación, y gracias a las cuales lo que ocurre en la realidad puede ser catalogado dentro de unas categorías y relaciones previas. Esta ideología, una vez implantada en el individuo mediante la educación y actualizada de forma constante por la propaganda, facilita

que aquello que no entre a formar parte del esquema no pueda ser procesado y sea, en último término, apartado. Se podría afirmar que la definición que la realidad se da a sí misma por medio de su ideología es *aquello que existe verdaderamente*. Es fácil darse cuenta por tanto que este *verdaderamente* supone una exclusión más o menos arbitraria de fenómenos con arreglo a una necesidad anterior. Pues si todo lo que existe debiera entrar a formar parte de ella, no existen verdaderas razones para, en este proceso, dictaminar que fenómenos como los sueños no forman parte de la realidad tan solo porque ocurran en la esfera psíquica del individuo.

Y es que la realidad se ha creado para que las piezas encajen, hasta tal punto que se podría concluir que su finalidad es encajar las piezas a toda costa. Es en cierto modo un *contrato mental*,² cuya aplicación práctica serviría de guía a la conducta, permitiendo los juicios apriorísticos y la creación de una conducta reglada basada en sus necesidades de consolidación. Los términos de este contrato mental son innumerables, pero en nuestra sociedad podrían citarse, a modo de ejemplo, la creencia en un mundo justo en el que cada uno recibiría lo que merece en el largo plazo; la fe en el progreso del ser humano, que acabará resolviendo todas sus contradicciones a costa de no cesar nunca su movimiento hacia adelante y hacia arriba; o la represión de lo que participa de las necesidades de la imaginación individual en beneficio del denominado «bien común». Aquí los mitos, como veremos más adelante, resultan parte integrante, generadores, de esta realidad y de sus presupuestos.

2 Esta expresión, como puede adivinarse, es un reflejo del famoso *contrato social* de Rousseau. Ahora bien, todos los defectos del término acuñado por el filósofo suizo pueden también aplicársele, en especial este, ya detectado por la crítica marxista en su día: que no se trata de un contrato firmado libremente por ambas partes, sino impuesto por una parte a la otra, que se arroga el poder de hacerlo cumplir y de cambiar sus cláusulas según sus necesidades históricas.

Sin embargo, la tragedia de la realidad es que no es monolítica, se mueve, *en ocasiones poco a poco, después toda de golpe*. Decíamos más arriba que son extraños los momentos en los que el relámpago triunfa, en los que la narración se ve interrumpida por un fenómeno que la cuestiona de manera directa y ante el que la asimilación se hace francamente complicada. Estos momentos suponen el esplendor de *lo real*. Lo real, en contraposición con la realidad, es informe, discontinuo, vive debajo de las sombras y su despertar es el trueno. Lo real sucede. Y sigue sus propias reglas, coincidan o no con las que la realidad ha pretendido fijar. Lo real es la materia oscura que irrumpe en la realidad atacándola.³ No es necesario aquí llegar muy lejos poniendo ejemplos: la irrupción de la muerte significa siempre el alumbramiento de lo real. Ante el inmovilismo en el que nuestras mentes parecen discurrir más o menos confiadas en su inmortalidad y la de los que nos rodean, o al menos en su no-fin, la muerte, que es real hasta la saturación completa, siempre acaba apareciendo para destruir este estado mental. La realidad flota frente a nosotros mientras lo real nos atraviesa de manera violenta exigiendo sus derechos al trono.

Así, el amor-pasión, la poesía en sus manifestaciones más directas o la ya mencionada muerte, son estados que la realidad tiende a negar al considerarlos demasiado inquietantes, demasiado cargados de preguntas complicadas y farragosas consecuencias. No obstante, poseen tal grado de presencia cuando se manifiestan que, se quiera o no, siempre encuentran una puerta o una ventana para llegar al exterior y modificarlo. Pues lo real tiene predilección

3 Este concepto de lo real, además de con Lacan, está relacionado de forma directa, al menos en mi esquema, con la *experiencia soberana* de Bataille, entendida como momento vital sin otra finalidad que él mismo, que se nutre de sí y revierte en sí; y con la *verdadera vida* de Rimbaud, concepto poético que me parece suficientemente literal en todos sus sentidos y que por lo tanto no me detendré a explicar.

por el accidente para hacerse visible y, en las condiciones actuales de las sociedades más o menos desarrolladas, *lo real siempre es el accidente*, y los accidentes, se quiera o no, son inevitables. No son fallos del sistema, son el devenir mismo del sistema que los contiene de forma explícita desde el mismo momento en que se constituye como tal.

En la actualidad, los mecanismos de la realidad han desarrollado un complejo sistema de asimilación de la necesidad imperiosa que el ser humano posee de estos accidentes, hacia los que se vuelca para calmar la sed que le provoca la realidad. El sistema espectacular, en su última vuelta de tuerca, ha diseñado sus armas para poner a producir también esta necesidad de lo real. Se ofrecen los acontecimientos espectaculares, creados a partir de la ficción, como medios para acceder a esa experiencia intensificadora que el hombre necesita para elevar su existencia al grado de vida. Un caso muy grotesco de esta colonización total se puede ejemplificar, a mi entender, y de manera muy evidente, en los comentarios que personas de todo el mundo hicieron ante la irrupción de la COVID-19 y la experiencia del confinamiento. Ante estos sucesos, que supusieron una auténtica inmersión en lo real, muchos afirmaron que lo que estaban viviendo «parecía una película». De esta forma, puesto que lo real ya solo ocurría en el espectáculo, y este espectáculo se había convertido en lo real verdadero para millones de seres del planeta a través de las películas y series de televisión, cuando la muerte apareció en la realidad, lo que se percibía solo pudo ser asimilado remitiéndolo a la ficción.

Sin embargo, lo real continúa existiendo, forma parte integral de la existencia y su ocultación, tarde o temprano, acaba pasando factura. Cuanto más alejado se encuentra uno de la experiencia de lo real, cuanto más mediatizado se encuentra por la realidad, más violento es el choque con su aparición, choque que siempre acaba produciéndose en el espacio una vida. La realidad demanda, exige, que nada la turbe, y parece evidente que la aparición violenta y